

## CAPITULO IV.

### Nuevas conocidas.--La dama de gran tono.-- Proyectos.--Presentimientos maternales.

#### I

Dos años han pasado y voy ha conducir á mis lectores de Lóndres á Paris, que es, como dije en otro capítulo, donde tiene lugar la historia que les refiero.

Si me he ocupado con tanto detenimiento de sucesos anteriores á esta época, ha sido porque he creído que de ningún otro modo podría dar á conocer mejor á mister Wilsson, á su esposa, y á su hija, al mismo tiempo que al doctor Simpson, y á su familia.

Eran las once de una noche de Abril, y el mas profundo silencio reinaba en una casa del Arrabal de San German. Sin embargo, ninguno de sus habitantes se habia entregado aun al sueño.

En una sala pequeña, veíanse tres mujeres sentadas al defredor de una chimenea, en la cual ardía un fuego poco abundante, a causa de lo avanzado de la estación.

Esta sala estaba alhajada con exquisito gusto.

aunque con suma sencillez. Algunos divanes de seda celeste le circunian: veíanse en las paredes sobre el papel, azul tambien con arabescos dorados, algunos cuadros de gran belleza artística encerrados en marcos lisos en forma de melladones. En los huecos que estos cuadros dejaban entre sí, se veían, alternando, una estatua de bronce oscurecido al galvanismo, y otra de pódido de igual tamaño.

Anchas cortinas de seda azul caían delante del balcon y de las puertas, sujetas á las galerías doradas que las sostenían, con gruesos cordones de seda azul y oro que remataban en grandes borlas. Lucía sobre el mármol de la chimenea un espejo ovalado con marco liso, y grandes jarros de bronce cincelado, con asas de mármol, contenían enormes ramilletes de flores que embalsamaban la atmósfera con un perfume fresco y delicioso.

Una lámpara de porcelana azul con flores blancas, pendiente del techo por otro cordon de seda y oro como los de las cortinas, alumbraba levemente esta graciosa habitación. Además de aquella vaporosa luz, habia sobre un velador de sándalo una lámpara de bronce muy baja y cuya bomba formaba una azucena, en cuyo cáliz se encendía la llama de una mecha, perfumada con lirio y rosa.

Sentada junto á aquel velador, y bordando en una labor de tapicería se hallaba Rafaela. Dijo ya que á la sazón tenia treinta y dos años, pero

nadie lo hubiera conocido al ver la tersura de nácar de su frente, el fresco sonrosado de sus lábios y la viveza de sus hermosos ojos.

Llevaba un traje de seda color gris perla y un cuello de encaje que realzaba la gracia de su cuello algo largo blanco como el marfil y cruzado de venas azules. Recogíanse sus cabellos en sus sienes por medio de dos gruesas trenzas, semejantes al ébano bruñido por su lustre y tersura.

No léjos de la esposa del banquero, otra mujer, con las manos cruzadas sobre las rodillas, seguía las tenues oscilaciones de la llama que ardía en la chimenea.

Aquella mujer era también hermosa, acaso más que Rafaela; pero su belleza era de un género enteramente distinto del de la madre de Alicia.

Podría tener cuatro años más que Rafaela y sus ojos negros poseían una viveza tal, que hubiera podido creerse que se habían abierto á la primera luz bajo el cielo del Mediodía de España.

Dos cascadas de rizos negros como las alas del cuervo, bajaban á cubrir casi sus mejillas de una palidez trigueña y suave. Tenía la boca grande y encendida como la grana, la frente estrecha y graciosa, y la nariz pequeña y ligeramente levantada.

Llevaba puesto un vestido de terciopelo turquí, adornado con ricos encajes negros y bajo de

escote; su garganta, morena y redonda, estaba ceñida con una doble sarta de gruesas perlas, del mismo modo que si estuviese ataviada y dispuesta para ir á un baile. Aquella dama era Leontina R. . . ., viuda del conde de Harley, opulento señor francés, que había muerto hacía cuatro años.

Un poco separada de las dos señoras estaba una jovencita, ó más bien una niña, pues cortaría apenas doce años de edad, aunque su estatura esbelta y bien proporcionada le hiciese aparentar uno ó dos más.

A pesar de presentar en su figura y semblante un tipo enteramente opuesto al de la hermosa Leontina, se conocía fácilmente que era hija suya á causa de esa invisible semejanza que se revela en los movimientos, en las sonrisas, en el aire todo de la fisonomía. Sin embargo, Consuelo, que éste era el nombre de la señorita de Harley, era más suave, más humilde por decirlo así, que su madre. Nunca un nombre bonito y dulce ha cuadrado mejor á la persona que le ha llevado.

Consuelo de Harley podía consolar, con una sonrisa ó con una mirada, las penas más amargas, porque al verla, era preciso creer en la existencia de los ángeles en la tierra. Una poblada cabellera rubia, vaporosa y dorada, coronaba su frente de nácar. Tenía grandes ojos azules, mejillas sonrosadas y hermosa dentadura; su talle era flexible como una palma, su voz melodiosa y lenta-

mente acentuada, y sus modales estaban llenos de mansedumbre y de dulzura.

Sin embargo, Consuelo no era hermosa; todo su atractivo consistía en la perfecta armonía de sus facciones con su carácter, con su voz, con sus maneras dulces y castas, modestas y dignas; y pudiérase decir que lo que en ella llamaba la atención y fijaba la vista, hasta el extremo de no poder separarla, era el reflejo de su alma, que enviaba una luz suave y armoniosa sobre su rostro y sobre sus movimientos.

Vestía de tafetan blanco, salpicado de florecitas azules; su traje escotado, como el de su madre, estaba adornado en el pecho y en las mangas con encaje blanco de gran valor, y llevaba el cabello recogido en gruesas trenzas, sujetas con lazos de cinta azul. Sentada junto al velador y enfrente de Rafaela, bordaba un pañuelo de transparente batista, cuyo dibujo era tan complicado como precioso.

Hacia algún tiempo que reinaba el silencio. Rafaela y Consuelo parecían embebidas cada una en su respectiva labor y la condesa miraba á las llamas que serpenteaban en la chimenea, moviendo con impaciencia su lindo pié, calzado de raso negro y cubierto con una media de seda calada.

Pareció por fin cansarse de aquella ocupacion, y dijo, dirigiéndose á mistress Wilsson:

—Si no dejas tu bordado, Rafaela, me voy á mi casa.

—Esa amenaza es omnipotente para mí, contestó Rafaela, clavando la aguja en su tapicería y dejándola sobre el velador.

—Tú, niña, vete con Alicia, continuó Leontina, dirigiéndose con imperio á su hija.

—Pero, mamá, contestó Consuelo con dulzura, Alicia está ocupada con su maestro de matemáticas, y no puede sufrir que la interrumpas.

¡Vete de todos modos! gritó la condesa con un furor que enrojeció ligeramente sus pálidas mejillas. ¡Es posible que no me he de ver jamás libre de tu presencia?

Consuelo dejó su labor y se dirigió con humildad hácia la puerta.

—Vuelve, hija mía, y tira del cordón de la campanilla, dijo Rafaela á la jóven.

Esta obedeció, y un instante despues apareció Mary á la puerta de la sala.

—Acompaña á la señorita Consuelo á la biblioteca, y enséñale los libros que ha comprado ayer el señor para la señorita Alicia, dijo Rafaela.

Mary se inclinó y esperó respetuosamente á que Consuelo saliese, siguióla al instante, despues de haber dejado caer los pesados pliegues de la cortina de seda azul.

## II

—Eres injusta con el cielo y tambien con tu adorable hija, dijo Rafaela aproximando su asien-

to al de la condesa, y luego que Consuelo hubo salido: y tomando con afecto una de sus manos.

—¿Ya empiezas con tus sermones? preguntó con mal humor aquella, en tanto que fruncía sus negras cejas.

—No, Leontina; pero cuando te veo hastiada de la presencia y de la compañía de Consuelo, recuerdo con amargura que yo estoy privada, bien á pesar mío de la de Alicia.

La pobre madre enjugó, al decir estas palabras, algunas lágrimas que se escapaban de sus ojos.

—Si tú supieras tomar la vida como debe tomarse. no sufrirías tanto por cosas que nada valen, dijo la condesa, conmovida al ver llorar á su amiga, porque á pesar de su genio áspero é irritable, tenía buen corazón; pero tú siempre has sido así, continuó mirándola con una especie de lástima. ¿Te acuerdas de cuando vivíamos en Madrid y éramos de la edad de nuestras hijas?

—Sí, contestó Rafaela con un doloroso suspiro.

—¿Quién pudiera volver á aquel tiempo! exclamó la condesa; vivía mi madre, que tanto me quería y jamás supo reusarme ningún placer!

—¿Quién te los arrebató despues preguntó Rafaela sonriendo, no obstante su tristeza.

—Nadie, es verdad; pero confiesa, Rafaela, que mi carácter me ha ayudado toda mi vida á ser feliz: hija yo de una viuda que sólo tenía una posición mediana, brillaba en todas partes más

que tú, que lo eras de un rico comerciante; jamás quisiste lujo ni fiestas; por eso yo pude atrapar á un joven conde, gallardo y elegante, y tú te casaste con mister Wilsson, ¡el hombre más feo y antipático que conozco!

La condesa soltó aquí una carcajada, que hubiera parecido insultante á cualquiera otra que no hubiera sido Rafaela.

—Tú no sabes dijo ésta, tú no puedes saber los motivos que me determinaron á casarme con mister Wilsson.

—Como no fuera la avaricia, no alcanzo otros.

—Ya te he dicho que no puedes alcanzarlos.

—Y yo te repito que solo la avaricia pudo decidirme á casarte con mister Wilsson, tan despreciable por todos estilos.

—Leontina, dijo Rafaela ofendida por las razones de su amiga; yo respeto y estimo á mi esposo, y siento que hables de él en mi presencia.

—¿Por qué no dices que lo amas también?

—Porque no sé mentir.

—¿Luego no le amas?

—Le estimo y respeto, nada más.

—Ya sabía yo que ni una vez sola en tu vida serías franca.

—¿Qué quieres decir?

—Ni respetas á tu marido, ni le estimas.

—No discutamos, por favor, cosas tan graves, Leontina, y ya que tu hija está divertida en la biblioteca, ocupémonos de lo que tienes que decirme.

—Es verdad, ya me había olvidado de ello; sabe, pues, que mañana á las diez de la noche, he consentido en recibir en casa á M. de Laroche.

—¡Cómo! exclamó Rafaela, ¿ha tenido ese hombre la imprudencia de pedirte una entrevista?

—El. . . . no; pero me ha pedido el permiso de presentármelo el conde de X. . . .

—¿Y es posible que tú se la hayas concedido?

—¿Por qué no?

No creía que olvidases jamás, Leontina, que ese hombre fué el que volvió á tu esposo jugador y libertino, y el que le condujo con mano segura de exceso en exceso, hasta hacerle dejar en ellos la vida.

—¿Quién sabe si lo hizo llevado de la pasión que ya me profesaba entonces? Me la ha pintado de tal modo que. . . . .

¡Esta mujer está loca! interrumpió Rafaela, mirando con espanto á su amiga, y como poseída de un doloroso terror; y luego añadió con vehemencia:

—Pero, desventurada, ¿ignoras que Laroche es el amante de todas las mujeres que le dan oídos? ¿que es un seductor de oficio?

—¿Te ha querido seducir á tí? preguntó la condesa con amarga sonrisa.

—No, respondió con firmeza Rafaela; sabía él que yo no soy de las mujeres que se dejan seducir; pero quizá hubiera publicado por todo Paris que era mi amante, si no le

hubiera cerrado las puertas de mi casa.

Alicia, que entró en este instante, interrumpió el vehemente razonamiento de su madre.

En los dos años que han pasado desde que la dejamos en Lóndres, habían sufrido, así su semblante, como su persona, una extraordinaria mudanza. Contaba sólo diez primaveras, y su estatura y la gravedad de sus facciones acusaban catorce. Grandes ojeras daban á su mirada azul y abrillantada una expresión muy triste. Sus anchas cejas negras, sedosas y afelpadas, y sus luegas y espesas pestañas, negras también, prestaban cierta austeridad y dureza á la parte superior de su rostro, que completaba el corte de su ancha frente, elevada y serena, y en la cual estaba escrita su inteligencia grandiosa, rápida y profunda.

Pocas veces presenta la naturaleza un tipo más extraño que el de Alicia Wilsson. Conocíase que el estudio incesante y devorador, que la ambición de saber habían petrificado el corazón de aquella niña, y que la gravedad de las meditaciones habían contenido las expansiones de su carácter.

A pesar de su poca edad, su alta estatura, y su gusto también, le habían hecho adoptar el traje largo. Llevaba una bata de terciopelo violado, guarnecida de piel de Chinchilla; sobre el cerrado escote del traje volvía una perelina de la misma piel, que realzaba la blanca palidez de su

rostro. Recogíanse sus cabellos, sin adorno alguno, detrás de su cabeza, en un grueso y brillante bucle de ébano sujeto por una espiga de diamantes, y llevaba abrigados los pies con unas babuchas de terciopelo, como el vestido, forradas de pieles y bordados de oro.

El pañuelo que traía en la mano, y que se hubiera creído bordado por los dedos de alguna hada, estaba guarnecido de encaje régio é impregnado de un fuerte y penetrante perfume.

### III

Alicia entró lentamente. No tenía ya ni la viveza de la niñez, ni el amable abandono y la turbulencia de su edad. A través del orgullo que resplandecía en su frente y en su mirada, se veían una profunda tristeza y una altivez, que se hubieran podido confundir con el desaliento.

Saludó con una leve inclinación de cabeza á la condesa, y luego se sentó en el almohadon de seda azul, con flores de oro, en que se apoyaban los pies de su madre.

—¿Cómo estás, mamá? dijo, apoyando lánguidamente su cabeza en el regazo de Rafaela.

—Bien, hija mía, contestó ésta, acariciando los cabellos de Alicia y besando su frente. Entonces observó que ésta abrasaba y exclamó con terror:

—¡Dios mio, Alicia! ¿por qué trabajas tanto? ¡Vas á enfermar!

La niña no respondió; pero llevó su blanca y pálida mano á la cabeza y sacó de sus cabellos la aguja de diamantes arrojándola con desden sobre el velador que sostenía la lámpara.

Derramóse instantáneamente su cabellera, como una cascada de seda por sus espaldas, y la envolvió en un reluciente manto.

—¡Pero, Alicia! vas á manchar ese magnífico traje, dijo la condesa, mirando con lástima la bata de terciopelo de Alicia, sobre la cual se esparcían sus cabellos.

La niña encogió los hombros con desprecio y nada respondió; pero su madre reunió con trabajo aquella soberbia cabellera, y la ató con una cinta de terciopelo que quitó de su propio cuello. Luego se puso á trenzarla con íntimo placer, y para que no martirizase la espalda de Alicia con su peso, la enroscó en su misma falda. Cuando acabó, se inclinó hácia su hija, pero ésta, fatigada de sus largas horas de estudio, se habia dormido con toda la inocente paz de sus dos lustros.

—¡Duerme, hija mía! murmuró Rafaela contemplando á su hija con una conmiseracion profunda. ¡Duerme, y haga el cielo que siquiera en sueños te visiten las candidas ilusiones y la dulce alegría de tu edad! ¡Eres ya célebre, mi pobre Alicia! ¡Todo Paris habla ya de tu profundo saber, de tu talento y de tu riqueza! Dentro de dos

años te asediarán los pretendientes y serás la jóven más codiciada de Francia y de Inglaterra. Pero ¡quién te devolverá, amor mio, la savia del corazón y las gratas esperanzas de la infancia! Siendo tú tan grande, ¡qué hallarás que sea digno de tí! ¡Qué habrá en el mundo que te parezca inferior! ¡Qué hombre habrá al que puedas tú respetar por la superioridad de su inteligencia ó por lo vasto de su instruccion! ¡Oh, hija mia, tu madre ha sido desgraciada por ser muy ignorante, pero tú vas á serlo más por saber demasiado.

Calló Rafaela é inclinó sobre la altiva frente de su hija su hermoso semblante, cubierto de lágrimas. Al verla llorar así, sobre aquella dormida adolescente, se la hubiera podido tomar por el ángel del dolor, lamentándose de la muerte de una jóven.

La imperiosa voz de Leontina la sacó de sus amargas meditaciones.

—Mejor seria dijo la condesa, que en vez de llorar, enseñaras á tu hija á tener un poco más de educacion: ¡dormirse así en el suelo!

—¡Ah, Leontina! exclamó Rafaela alzando hácia su amiga su dulce semblante: ¡Déjala! ¡No sabes cuál es su vida! ¡Este es, despues de muchas horas, su primer instante de reposo!

—¡Y por qué te desconsuelas así? ¡No debias, por el contrario, alegrarte de tener una hija célebre por sus vastos conocimientos y por su talento, no ménos que por su hermosura! ¡Cuánto

no daría yo porque fuese así Consuelo!

—¡Librete Dios de semejante dolor! ¡Deja á Consuelo que sea buena hija primero, y despues buena esposa y buena madre!

—La humildad de sus inclinaciones me tiene aburrida; parece una labriega, no tiene aficion mas que á coser y á bordar, y no hay forma de hacerla emprender ningun estudio que valga la pena.

—Yo habia pensado, dijo tristemente Rafaela, que de la intimidación de nuestras dos hijas resultaria un bien para entrambas; creí que Consuelo se aficionaria algun tanto al estudio viendo á Alicia, y que ésta tomara gusto á las tareas femeninas, conociendo el método de vida de su amiga; pero ya he perdido toda esperanza de lograrlo.

—Sin embargo, ellas se quieren mucho; pero tambien nosotras nos hemos amado siempre, y no obstante, no nos hemos parecido jamás.

La puerta, que se abrió para dar paso á Consuelo, cortó esta conversacion. Eran las doce: la condesa se despidió de Rafaela y se marchó con su hija.

En cuanto á mistress Wilsson, veló el sueño de Alicia, rezando fervorosamente por su tranquilidad. Cuando se despertó, la acompañó ella misma á su cuarto, y despues de haberla recomendado á los cuidados de Mary y de mistress Beld, se volvió al suyo para acostarse.